


El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.



La Unión y el Fénix Español
Compañía de Seguros Reunidos
Capital social: 12.000.000 de pesetas
efectivas, completamente desembolsado
AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
46 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO, Jabonerías 23 y 25 pra

DE TODO El número

GENERALIDADES

La precisión, la exactitud matemática están representadas por el número inflexible, símbolo de la inmutabilidad científica, expresión de la verdad inconcusa, compendio de las energías acumuladas en el universo, admirable síntesis de los cálculos laberínticos, en que se agota la voracidad de los sabios, el genio de los inventores y la destreza de los repentistas.

El número es el único dogma, que sobrevive al naufragio de todas las creencias religiosas, de todos los sistemas filosóficos, de todas las teorías físico químicas, de todas las hipótesis atrevidas, absurdas ó bastardas, que circulan por el mundo para explicar lo inexplicable; desde los fenómenos asombrosos de la luz, del sonido, del calor y de la electricidad, hasta el origen de la fuerza, la esencia de la sustancia, las vibraciones de la materia, las intimidades del átomo, la disgregación de las moléculas, el misterio impenetrable de la vida, las revelaciones de lo infinito que abisman al entendimiento humano en el piélagos insondable de la metafísica, los estremecimientos fisiológicos que despiertan en los seres racionales é irracionales, el afán de la perpetuidad y el deseo de la reproducción, y las ansias del eterno, que salvan los límites del instinto y nos lanzan á las regiones inexploradas de lo sobrenatural y nos inclinan á la afirmación irrefragable de la existencia de Dios.

El número merece el asentimiento universal: único soberano que respeta todas las inteligencias; despota intransigente que desprecia las rebeldías, las resoluciones y los motines. ¿Quién resiste al poder aplastante de un axioma? ¿Quién no reconoce la superioridad convincente de un teorema? ¿Quién

no se rinde ante la consecuencia lógica de un principio ya demostrado, germen de sucesivos é inagotables, corolarios? ¿Quién ante la esfinje de un problema no proclama la superioridad del número y no acude solícito al auxilio de cálculos intrincados, en que se desliza el fecundo raciocinio, como un rayo de sol que inunda de luz la agreste, la inaccesible selva oscura?

El número es la única autoridad que ejerce de hecho la misión civilizadora de mantener el orden, de prevenir los peligros, de restaurar las instituciones caídas, de conservar las gloriosas tradiciones muertas, de disolver las organizaciones decrepitas y de abatir los poderes ilegítimos. El número es la tiranía, la imposición, el dominio: el símbolo macho en las sociedades enfermas y feministas. Es el contingente armado, la patria inmortal que encarna en el valor legendario de sus hijos, en el Ejército conquistador y heroico, en la Marina abnegada é indestructible.

El número es el sufragio sin limitaciones, ni cortapisas; un hombre, un voto; la moral y el derecho reducidos, por un método gráfico á la suma imposible de cantidades heterogéneas. Así sale ello: los números complejos de distinta especie rabian de verse juntos; los incomplejos, más empingorotados, protestan de la operación á que quiere someterseles; y la estrambótica adición se verifica, como si se tratase de números abstractos, esto es equiparando los hotentotes y patagones á los europeos semi-civilizados.

EQUIVALENCIAS POLÍTICAS

No hay nadie más vanidoso que los ceros: su valor es nulo, mientras viven en el aislamiento. Llega un Mesías, uno de esos números inconmensurables, por el estilo del inolvidable é ilustre x, y los ceros se agrupan á su alrededor, y él los contempla, abstraído y foso, como si quisiese anadarlos con el imperio de su mirada. Hasta parece decirles: Mi valor es ab-

soluto é incalculable, el vuestro es relativo é inapreciado en guarismos.

Llega un aspirante á diputado, una de esas cifras significativas, que emplean la mísera existencia, en discutir acerca de los sufrimientos, de las explotaciones y de los sacrificios que sufre la clase obrera, el pueblo humilde y resignado; y ¡oh influencia de la aritmética en la política! los ceros que representan la nulidad y la abstención, se regocijan, se escalonan, alborozados, tras el número entero sueñan con felicidades próximas y la cifra adquiere un valor fantástico, y los desgraciados ceros, orgullosos de su misión reparadora, brincan de gusto, se sientan personas y ocupan, á falta de otros caracteres más visibles, los lugares reservados hasta á las unidades de orden superior.

Y cómo se pavonean, y cómo se inflan los dichosos numeritos. Hay algunos, que en el delirio de grandezas, prorrumpen en exclamaciones de júbilo, y exclaman endiosados:

—“Mi voto vale tanto como el de Echegaray.”

—“Melquíades me debe á mí el acta.”

—“¡Me río yo de la aristocracia, de la mesocracia, de la yernocracia y de los licenciados en farmacia!”

Los ceros son inagotables. No tienen nada que perder, y pretenden, en sus aberraciones igualitarias, que los demás perdamos la hacienda y la inteligencia. Escudriñemos el espacio, y ensayemos el vuelo á otro planeta mejor en que no haya políticos, ni elecciones, carlistas, ni republicanos. ¡A ver si hay un Vedrines que me instrumente este parraíto!

Los números decimales y las cantidades fraccionarias, no pueden suprimirse de una plumada. ¿Qué sería de la unidad si no pudiésemos analizarla, descomponerla y triturarla? Perdería hasta su nombre, y su mérito sería ficticio. Conservémosla, como signo de energía, de eficacia y de sumisión. No seamos tan exaltados que intentemos correr la coma, en los números decimales, á la derecha ó hacia la izquierda sin más ley que el capricho de las masas turbulentas ó el favoritismo de los reaccionarios intransigentes.

Humanidad, no seas imbécil; huyes de la opresión, de la barbarie, de la pesadumbre de los números de una sola cifra, y caes en brazos de los números de varias. Te agobian, te asfixian, te explotan los esclavos, los irredentos. Es preferible Nerón con una sola ca-

beza, á un monstruo con cien mil distintas.

Los principios, las ideas gobiernan al mundo: los números enteros triunfan. La oposición de los ceros, tardíos é irresolutos, provoca la guerra sin cuartel, prólogo imprescindible del saqueo, de la licencia y del libertinaje.

¡Oh número, señor de los que dominan, sumemos voluntades, multipliquemos esfuerzos, elevemos á potencias de primer orden las patrias chicas, las regiones españolas! Seamos hermanos, sin restar adeptos á la causa de la humanidad, sin dividirla al esquilmado prójimo, ni extraer raíces de amor y de paz arraigadas en los corazones.

¡Radicales irracionales, suprimid las expresiones imaginarias!

A. B. C.

El contrabando de armas

Madrid 26-9 m.

Ha llegado á Corcubión el cañonero español «Hernán Cortés», incautándose de la tripulación del vapor «Gemma», que conducía contrabando de armas.

Los maquinistas del «Cortés» inutilizaron las máquinas del barco alemán para impedirle la salida.

DE EXTRANJIS

¡PLETAMUS GENUAI!

Yo admiro tu galanura,
tu finura
tu maestría en el dechr.
Me cautiva tu viveza,
tu destreza,
tu ingenio para subir;
la caída de tus ojos,
tus sonrojos
y tus labios de coral;
tus delirios, tus furores,
tus temores
y tu léxico infernal.
Me desbrevan y me pasman.
me entusiasman,
tus arranques de pudor,
tus duras catilinarias,
incendiarias
como el fuego del amor.
Tus palabras bombombantes,
tus desplantes,
tu fingida estolidéz;
tus apóstrofes violentos,
tus lamentos
en la primera viudez. (1)

(1) Véase á Calín.

Me despapanan tus llantos,
tus quebrantos,
tus ayes, tu maldecir,
tus insultos comprimidos,
tus ronquidos,
y tu soberbia de Emir.
Eres tipo de sainete,
que arremete
al contrario con afán,
y exclama al verse zurrado:
¡No hay cuidado!
¡Donde las toman, las dan!
Eres guerrero impaciente,
descendiente
de Rodrigo de Vivar;
y mozo de pelo en pecho,
que maltrecho,
y aún muerto, quiere triunfar.
Te inspira la destemplanza,
la venganza
es tu musa, tu placer.
La libertad es tu escudo;
y el embudo,
símbolo de tu poder.
Me enloquecen tus harpías,
tus bravías,
tu milicia popular,
tus infulas de tirano,
soberano
del Albuñón y el Algar.
Me chiflan tus paladines,
malandrines,
tus follones, tu Cielin,
tus cajeros, tu serrulla,
y el caballo
favorito de mi Prim.
Me anota, me hipnotiza,
me electriza
el talento de Platan. (2)
Me descacharra, me impone,
me indispone
la parla de Carrion.
Me subyuga, me domina.
me empepina,
el firleo de Alcaraz.
me despanzurra, me espanta,
me agiganta
de Gómez.—Lata la faz,
me fascinan tus legiones,
tus pendones,
tu corte, tu Convención,
tus sabios, tus oropeles,
tus donceles,
tus lebreles,
tus peceles,
tu fausto y tu ostentación.
Mas no hay nada que me asom-
(bre),
como el hombre,
que habla en nombre
de Aristarco y de Catón.
No hay nadie como el jurista,
verbalista,
formulista,

(2) Cautillo.

que se cree un Salomón.
Cómo me atrae y deprime,
el sublime,
el egregio fantasmón.
¡Cómo me encanta y divierte
ver la suerte,
la fortuna de Pepón!
Ya encontró un banquero fuerte
que arme la revolución.
Ya lo ha indultado un guasón
de la pena de la muerte.
Adiós, inclito Solón.
Adiós, diputado inerte.

X. Y. Z.

Mitin de protesta

Madrid 26-9 m.

Celebrense frontón Jai-Alai el mitin de protesta contra la guerra de Marruecos que fue presidido por el señor Esquerdo á causa de encontrarse enfermo Pérez Galdós.

Leyéronse unas cuartillas que remitió éste, abominando la guerra, que produjeron una estupenda ovación.

Después hicieron uso de la palabra varios oradores que fueron aplaudidísimos.

Melquíades Alvarez habló ligeramente sobre el Congreso Eucarístico, censurándolo por el carácter ministerial que le ha dado, pero aconsejando gran tolerancia.

Ché-Timerías

El órgano público del diputado por Calín, afirma qua en los tiempos ominosos de Don Apolinario, se empezaba á iniciar el *superabit*.

Es decir que mientras el exgerente de «La Levantina de Artes Gráficas», disfrutaba el sillón de la Alcaldía ya se le vislumbraba el *superabit*.

Y nosotros que no queremos á don Apolinario, en este caso no podemos menos de estar de acuerdo con el *Thé Times*.

Pero la razón de este *superabit* que ya enseñaba don Apolinario, no ha sido dicho por el rotativo de Diego González y Compañía.

La razón señores estriba en que don Apolinario no pagaba á nadie.

Que es la misma razón que tenía el *Thé Times*, para liquidar su presupuesto siempre con *superabit*.

Aunque quedara en la caja de «La Levantina» una deuda de 38.000 pesetas.

capitán en la campaña de Inglaterra? ¡Ah—exclamó.— El Consejo ha terminado!

La puerta del fondo se abrió de par en par; una ola de oficiales se precipitó en la sala. Muchos llevaban el uniforme azul bordado y el cuello ornado con las hojas de roble que distinguían á los mariscales de Francia. Todos, á excepción de uno solo, estaban en plena juventud. En otro país se les tendrían por dichosos si hubieran sido comandantes ó tenientes coroneles; pero las guerras incesantes y el sistema nuevo que lo concedía todo más al mérito que á la edad, habían sido para ellos medios de rápido adelanto. El tricorneo bajo el brazo y la mano en la empuñadura de la espada, se habían reunido en círculo y discutían con viveza.

—¿Vos pertenecéis á la aristocracia?—me preguntó Gerard de pronto.

—Sí; soy feudo de los Rohan y los Montmorency.

—Entonces tendéis una idea del cambio operado en Francia por la revolución. Cuando sepáis que cuatro de estos dignatarios—señalando al círculo de mariscales—han sido el uno mozo de mesón, el otro contrabandista, éste tonelero, aquél pintor de puertas: Murat, Massena, Ney y Lan-

Una emoción indecible se apoderó de mí. ¡Qué

Si, Murat con sus patillas negras, sus labios gruesos, su tez bronceada por el sol de Egipto. ¡Ah qué hombre! Os juro que no hay nada más bello que verle lanzarse al frente de su brigada, agitando el plumero de su casco y blandiendo el sable. A veces sólo ante su aspecto se ha dispersado un cuadro de granaderos... Ciertó que Laasle es nuestro mejor oficial de caballería; pero para hipnotizar á las tropas no hay como Murat.

—¿Quién es aquel individuo de aspecto hurraño que se apoya en su sable oriental?

—Es Soult. Terco como una mula. Discute hasta con el emperador. Ese guapo mozo de al lado es Junet, y el que se recuesta en el mástil de la tienda, Bernadotte.

Extraña fisonomía la de aquel aventurero que habiendo sentado plaza de soldado sin más que su fusil y su mochila, no se contentó con el bastón de mariscal y acabó por apoderarse de un cetro. De él podría decirse que ganó un trono, no gracias sino á despecho del emperador. Nadie adivinaría en aquellas facciones gruesas, estropeadas por el desarrollo excesivo de una nariz agresiva y ridícula, los altos destinos que le estaban reservados. Nunca hubo talentos más discutidos que los de Bernadotte, ni ambiciones menos sospechadas que las suyas.

nuestro á sostenerla contra todos... Lannes es buen chico, si pero un poco demasiado vivo y eso le perjudica... Más allá está Angereau.

Miré con interés al héroe de Castiglione, el que no temió tomar la dirección de las tropas el único día que Napoleón, con el alma dolorida y el espíritu decidido, estuvo á punto de faltar á su deber. Angereau, en mi opinión, estaba hecho más para el campo de batalla que para la corte. Con cara larga de macho cabrío, su nariz colorada, sus maneras vulgares, á pesar de galones y bordados, conservaba el tipo del soldado de cuerpo de guardia. De mucha más edad que sus colegas, su promoción al grado supremo de mariscal de Francia le había llegado tarde: sería cabo toda la vida.

—Sí, sí. Es un bruto—replicó Gerard, á quien comunique mis impresiones.—A él, á Rapp y á Lefevre dijo el emperador aquello de que habla que ser soldado en el campo y no en las Tullerías. Los tres tenían la costumbre de pasearse por el salón de la emperatriz arrastrando el sable y taconeando con las botas llenas de barro. Allí está Vaudam: aquel moreno de cara ancha y desigual. Dos proyeja los pueblos donde él acampe. Una vez fué perseguido por rompedor la cara á un cura wist felino que le negaba una botella de Tokay.

—Y éste de acá es Murat, ¿verdad?